

Desde Washington

# Noticias Buenas, Noticias Malas

POR LORENZO MEYER

COMO siempre, las buenas noticias vienen acompañadas de las malas. Y lo bueno es que geólogos han descubierto que debajo del río Bravo se está formando una fractura que va a llevar a que un día entre México y Estados Unidos haya no un desierto, como lo deseaban nuestros antepasados en el siglo XIX, sino ¡todo un océano! Ahora bien, lo malo es que este proceso va a tomar más tiempo del que sería conveniente, pues la fractura se ensancha a razón de mil metros por cada millón de años. Mientras tanto, nuestra obligación es tratar de encontrar la mejor manera de vivir con dignidad al lado de un vecino increíblemente poderoso, y esto no va a ser nada fácil.

Ultimamente, quienes se dedican a analizar la evolución de las relaciones mexicano-estadunidenses andan bastante pesimistas, pues en sus bolas de cristal el futuro inmediato no parece muy prometedor. Dado lo disparate de la llamada "interdependencia" —ellos son los "inter" y nosotros los "dependientes"—, somos los mexicanos quienes corremos mayores riesgos si la relación se deteriora. Ahora bien, evitar el deterioro no es tarea fácil. Y si no, a las pruebas me remito.

En el plano político, el problema es obvio. Hace unos años, en medio del "auge petrolero", México decidió que había llegado el momento de tener una política propia e independiente en el "patio trasero" de Estados Unidos, es decir, donde nos encontramos nosotros, el Caribe y Centroamérica.

ESTO no había ocurrido desde que en 1927 Calles apoyó a los liberales nicaragüenses, y Washington ha resentido mucho esta decisión mexicana por considerar que afecta sus esfuerzos por detener la "expansión soviética" en una zona vital para sus intereses nacionales. Pero esto no es todo, el fracaso mismo del modelo de desarrollo económico de México —visible desde hace tiempo— puede poner en peligro la estabilidad interna del vecino del sur de Estados Unidos. Este hecho afectaría de manera muy negativa a la gran frontera mexicano-estadunidense, desmilitarizada desde el fin de la etapa armada de la Revolución Mexicana.

Si de la política pasamos al plano social, aparecen nuevos problemas, pero muy pocas soluciones. En este campo lo que más preocupa a los estadunidenses —a muchos— es la entrada masiva de trabajadores mexicanos indocumentados. Desde la perspectiva de estos enemigos de los inmigrantes sin papeles que trabajan por salarios muy bajos, los mexicanos parecemos empeñados en llevar a cabo una "invasión silenciosa" de Estados Unidos. Y lo peor no es que estos extranjeros no invitados quiten

empleos bastante desagradables a los estadunidenses, ni que causen gastos al erario público —suposiciones empíricamente difíciles de demostrar—, sino que están "contaminando" la forma de vida estadunidense ya que ¡ni siquiera hablan inglés, ni hacen el esfuerzo por dominarlo!

Si volvemos la vista a la economía, las cosas no mejoran. Para empezar, está nuestra deuda externa estratosférica. Si algún día México deja de pagar los enormes intereses —¿tributo?— que ahora reciben los bancos estadunidenses, europeos y japoneses, la comunidad financiera internacional recibiría un golpe muy severo.

**P**ARA evitar tal catástrofe, México debe de obtener divisas a como dé lugar. Las exportaciones de petróleo no bastan —las posibilidades de que el precio de los hidrocarburos vuelva a caer son muchas— y por lo tanto deberá aumentar sus exportaciones de manufacturas. En lo pasado, los industriales establecidos en México —mexicanos y extranjeros— no se distinguieron por ser eficientes y competir en el mercado internacional como lo han hecho los chinos de Taiwán o los coreanos del sur. Este cambio no va a resultar fácil, y menor aún si a las exportaciones mexicanas se le siguen poniendo trabas antes de entrar al mercado estadounidense, el único que realmente nos puede sacar del apuro en que nos encontramos.

Las industrias estadounidenses con las cuales los fabricantes mexicanos han empezado a competir se comportan de manera muy desagradable, pidiendo a su gobierno que aumente sus impuestos a los productos mexicanos o que de plano les cierre la puerta. Con el gran déficit comercial que ahora tiene Estados Unidos —120 mil millones de dólares en 1984— el Gobierno Federal en Washington y el Congreso no están en la mejor de las condiciones para escuchar los argumentos mexicanos en favor de un buen trato a nuestros productos. Es más, por acá aún se resiente la manera en que el gobierno de López Portillo trató la suzeranía de que México entrara al GATT. Por lo tanto, se dice, si México quiere exportar deberá de hacer concesiones, ya sea reconsiderando su negativa de unirse al GATT, o mediante un tratado bilateral con Estados Unidos que abra más las puertas mexicanas a productos estadounidenses, aunque ello disguste —o arruine— a más de un industrial mexicano. El hecho de que el actual déficit comercial de Estados Unidos se dé sobre todo con Japón y no con países como México, o el que tal situación esté directamente relacionada con la política fiscal y monetaria de la administración Reagan (que ha

SIGUE EN LA PAGINA OCHO

## Desde Washington

Sigue de la página siete

hecho que el dólar esté sobrevaluado) de poco ayuda a México, pues es bien sabido que en el mundo de la política, sobre todo de la política internacional, los justos pagan por los pecadores.

La lista de los malos entendidos y contradicciones entre México y Estados Unidos se podría extender aún más, al campo de la ley sobre las inversiones

extranjeras, el contrabando, las drogas y otras situaciones igualmente desagradables, pero con lo dicho basta. La política de México hacia Estados Unidos nuestra única política exterior realmente sustantiva— va a requerir de mucha inteligencia, tacto, sentido de lo posible, nacionalismo real y menos, mucha menos, demagogia.